

Discurso de inauguración de la jornada electoral 7 de marzo de 2021

El silencio de la mañana se rompe en mil lugares del país con la apertura del precinto de seguridad de las maletas electorales, la afanosa verificación del número de papeletas en paralelo al armado de las ánforas; con los pasos presurosos de los electores madrugadores que enfilan rumbo a sus recintos. Que sea en la localidad pequeña y fronteriza de Santa Rosa del Abuná, en la comunidad indígena de San Lorenzo de Moxos, en el barrio de una de las principales ciudades intermedias como Quillacollo o en el colegio de una capital departamental, los ciudadanos nos hemos dado cita.

Otra vez, una cita con las elecciones y con la democracia, es decir con nosotros mismos para definir colectivamente y en paz el curso que deseamos para nuestros municipios, regiones y departamentos, para avanzar otra etapa de la democracia local, que ya superó las tres décadas. Ese tiempo no es liso. Cuenta una historia viva: la construcción progresiva con más logros y avances que desencantos y frustraciones.

En 1987, Bolivia reanudó con la elección municipal autónoma, colocando el primer eslabón de su democracia, aquel que se enraíza territorialmente y resulta más cercano al ciudadano. En 1995, la Participación Popular aportó recursos a todos los municipios, dotando de sentido práctico a la elección de alcaldes, en particular en las zonas rurales. Casi una década después, se abrió la compuerta para la diversidad local de agrupaciones ciudadanas y pueblos indígenas que dio singularidad a la competencia de cada alcaldía en tanto que el empuje de las reivindicaciones regionales se tradujo en la primera elección de prefectos departamentales en 2005. Con la Constitución de 2009, llegó la elección de las asambleas departamentales, la conformación de autonomías indígenas, la selección de concejales y asambleístas indígenas con normas y procedimientos propios.

Esta extensión progresiva de las fronteras de la democracia local es un recordatorio que ella constituye un patrimonio colectivo, donde convergen los esfuerzos, las luchas y los méritos de las múltiples corrientes que nutren la historia política boliviana, en relaciones a veces armoniosas, en otras tensas. Indispensable para subrayar que esta democracia no pertenece a unos u otros, para existir, debe ser de todos a la vez. Con el impulso concertado, en una tarea común, tocará enfrentar la agenda aún pendiente: consolidar las autonomías departamentales y municipales, fortalecer el papel y la visibilidad de las asambleas departamentales; además de replantear debates necesarios, como el sistema de integración de esas instancias legislativas.

La jornada electoral de hoy se inscribe en esa trayectoria larga y también en una coyuntura específica. En realidad, llega un año después de cuando hubiera correspondido. La postergación lleva una doble marca. Por un lado, el conflicto sociopolítico que derivó en la anulación de la presidencial de 2019 condujo a la convocatoria a una nueva elección general; por otro lado, la sombra larga de la

pandemia forzó a varias postergaciones de la elección general, en medio de un debate agrio y polémico. Ambos obligaron automáticamente a posponer los comicios locales. La elección de 2020 fue la más compleja de la historia democrática y su desenlace pacífico, participativo, con resultados aceptados y sin incidencia negativa sobre la evolución de la pandemia constituyó un gran logro del país. Permitió la posesión de autoridades dotadas de la fuerza del voto y sentó las bases del restablecimiento de la confianza en el órgano y los procesos electorales. Empero, no atenuó los antagonismos hondos de la polarización.

Tras la convocatoria a la elección de autoridades departamentales, regionales y municipales, el camino recorrido no ha sido ni sencillo ni despejado, aunque no tuviésemos las graves vicisitudes del año pasado. Hasta hace no mucho, varias voces exigieron el aplazamiento de la votación, una peligrosa caja de Pandora, que se sabe cuándo se abre, mas no cuando ni a qué costo se cierra.

Si en 2020, ante la irrupción de lo desconocido, la reacción prudente en América Latina y más allá fue postergar la elección, ahora acumulamos la experiencia suficiente para combinar la protección de la salud pública con el ejercicio pleno y libre de los derechos políticos. Una materia en la cual los bolivianos sabemos más que cualquiera: somos el primer país en el mundo que organiza dos elecciones de cobertura nacional en la época ruda de la pandemia. Aprobamos el examen gracias a la convergencia de protocolos bien definidos, elaborados con el asesoramiento de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), la distribución de material de protección y el comportamiento ejemplar de la ciudadanía. En esta ocasión, conservamos las medidas y le añadimos un Acuerdo para una campaña electoral segura, invitando a las organizaciones políticas y las candidaturas a adherirse a sus recomendaciones, sin coerciones, porque apostamos al sentido de responsabilidad y madurez de los actores políticos. Volveremos a saltar el obstáculo.

Enfrentamos el desafío logístico y técnico de tener que imprimir el doble del material que el año pasado, por ejemplo 14 millones de papeletas, distribuidas además en casi 500 modelos; informar a los ciudadanos sobre los -al menos- 5 votos que deben emitir; capacitar a los jurados en la labor exigente y de fina precisión del llenado del acta, actividad de la cual depende la calidad del cómputo departamental.

Procuramos rescatar la mayor cantidad posible de lecciones de los comicios precedentes y de las recomendaciones que nos formularon las misiones de observación para elevar aún más la calidad del trabajo. Nuevamente, todos los funcionarios del Órgano Electoral pusieron lo mejor de sí, dejaron de lado el desgaste y el agotamiento del anterior proceso para llevar las sugerencias a la práctica. Muchas se concretaron y en ese esfuerzo contamos con el valioso apoyo de la comunidad internacional canalizado a través del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Otras quedan como asignatura pendiente pues el tiempo resultó demasiado escaso para aplicarlas integralmente.

Por último, la pugnacidad de la polarización se concentró acremente en las demandas de inhabilitación de candidaturas, llevando la rivalidad partidaria a ser resuelta en las mesas de los tribunales electorales. Definimos los casos jurisdiccionales en condiciones muy adversas: tensiones políticas exacerbadas, ansiedad e impaciencia social, plazos legales inadecuados, incertidumbre sobre ciertas normas. Afirmamos nuestra independencia ante los poderes en contienda, adoptamos las decisiones apegados a la legalidad y el debido proceso, indiferentes a los colores partidarios, en plazos mínimos y buscando en la equidistancia la serenidad para emitir una sentencia justa.

En esta labor subrayamos cómo concebimos nuestra misión. Obramos en el marco de la ley y a la vez privilegiamos la interpretación amplia de los derechos para que todos los actores vinculados con el proceso electoral participen y actúen con garantías. Es decir, la elección auténtica es indisociablemente un conjunto de normas y de procedimientos como la suma de principios y valores. La conjunción de ambos da el genuino carácter democrático a la elección. Por eso, hoy, juntos fortaleceremos la democracia con una elección libre, competitiva, justa, transparente, participativa y segura.

En esta jornada, cada uno asume su responsabilidad para alcanzar la meta colectiva. Los ciudadanos confirmarán su civismo y respeto recíproco, manteniendo la distancia física entre personas, acudiendo con sus barbijos y, en lo posible, en los horarios de votación asignados y permaneciendo el tiempo indispensable en los recintos. Escogerán con seriedad y libertad la opción que mejor encarne sus expectativas, intereses y visión. Los partidos políticos desplegarán sus delegados en las mesas para dar fe del desarrollo correcto de todas las etapas y, por encima de su rivalidad, ganadores y perdedores sabrán que los resultados fueron reales. La Policía y las Fuerzas Armadas que protegieron la llegada del material electoral a los recintos, que además precautelan, respaldarán la cadena de custodia para el regreso seguro de las actas. Las misiones de observación, en particular la Organización de los Estados Americanos (OEA) y la Unión de Organismos Electorales de América (UNIORE), que acompañan las elecciones bolivianas desde hace décadas, medirán los comicios con la vara exigente de los estándares internacionales. Las plataformas de observación local cubrirán centenares de mesas, en tanto que los medios realizarán sus labores sin trabas para informar sobre los sucesos la jornada.

Todos tendremos puestos los ojos y el agradecimiento en los jurados electorales, los primeros garantes de la elección limpia, que se aprestan a abrir sus mesas. Recibirán los sufragios de sus vecinos de barrio, localidad o comunidad. Al final, en un acto público, contarán los votos que consignarán en el documento decisivo del proceso electoral: el acta de escrutinio y cómputo, que cualquier ciudadano podrá fotografiar.

Con esas actas, esta misma noche, los tribunales departamentales comenzarán el cómputo, valorando y validando cada acta. Progresivamente, descubriremos el mosaico de la voluntad popular. Una vez concluido, habremos cerrado el ciclo electoral boliviano,



reconstruyendo con legalidad y legitimidad los Poderes Ejecutivo y Legislativo, así como el poder departamental, regional y municipal.

Por supuesto, no todos los 20.000 candidatos que se registraron ganarán un cargo, pero su presencia no habrá sido a pérdida: sus ideas y propuestas, expresión de múltiples sensibilidades, ayudan al debate, tal vez enriquezcan las políticas públicas, y sin duda, apuntalan el régimen representativo. Los ganadores, los casi 5.000 ciudadanos y ciudadanas que ejercerán de gobernadores, alcaldes, asambleístas, concejales, tendrán una responsabilidad aún mayor: responder a las esperanzas de una mejor calidad de vida, de administración eficiente y honesta, que hoy se les confía. Elegidos democráticamente, deberán gobernar igual, asumiendo que el ejercicio del poder es solo saludable en el marco de la institucionalidad, con contrapesos, límites legales y éticos, y siempre con el horizonte de la alternancia.

Que hoy, cuando los ciudadanos depositemos nuestros votos, sintamos que esta elección es la oportunidad privilegiada para prolongar, más allá de nuestras diferencias y divergencias, el abrazo del reencuentro que nos une para continuar en paz el camino de la democracia.

Muchas gracias

La Paz, 7 de marzo de 2021